

VARIAS VOCES, UN SOLO CRIMEN.*
CENSURA, IMAGINARIOS Y LIBERTADES EN LA PRENSA CHILENA
EN DICTADURA A PARTIR DEL CASO DE LUMI VIDELA (1974)

SEVERAL VOICES, ONE CRIME.
CENSORSHIP, IMAGINARIES AND LEEWAYS IN THE CHILEAN PRESS UNDER
DICTATORSHIP FROM THE LUMI VIDELA'S CASE (1974)

CENSURA, IMAGINÁRIOS E LIBERTADES NA IMPRENSA CHILENA DURANTE A
DITADURA COM BASE NO CASO DE LUMI VIDELA (1974)

LEONE SALLUSTI PALMA**
Pontificia Universidad Católica de Chile.
Santiago, Chile
Email: lpsallusti@uc.cl
Id – ORCID: 0000-0001-6086-743X

RESUMEN

Durante los primeros años de Dictadura, el régimen militar controló de facto los medios de comunicación e hizo de su discurso la única fuente de información. Ello, sin embargo, se contradice al estudiar la cobertura mediática del asesinato de Lumi Videla, hacia fines de 1974. Alrededor de este crimen, la prensa buscó un porqué y construyó distintas teorías, las que se informaron a través de medios escritos. ¿Cómo fue esto posible? ¿por qué encontramos distintas versiones de una misma noticia? El presente artículo se propone dar cuenta de las distintas

* Recibido: 22 de junio de 2021; Aceptado: 25 de agosto de 2021.

** El presente artículo es parte de una tesis en desarrollo, para optar al grado de Magister en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile, titulada *El asesinato de Lumi Videla. Un ejercicio microhistórico alrededor de los crímenes de la dictadura militar y sus repercusiones en el imaginario sociocultural chileno-italiano. 1973-1975* (título tentativo). A su vez, se enmarca también el proyecto fondecyt número 1180290, titulado *La interacción entre las izquierdas de Chile y de la Europa Latina, c.1973 - c.1982: socialismo, antifascismo y derechos humanos en el marco de la Guerra Fría. Una historia política y cultural desde una perspectiva global*, a cargo del Dr. Alfredo Riquelme Segovia, quién también dirige la tesis antes mencionada.

estrategias y tácticas periodísticas que se desplegaron los primeros años de la dictadura a partir del caso de Videla, evidenciando el impacto que genera la censura en las prácticas profesionales de la prensa.

Palabras claves: Dictadura; prensa; censura; imaginarios

ABSTRACT

During the first years of the dictatorship, the military regime de facto controlled the media and made its discourse the only source of information. The journalistic discourses constructed different contradictory representations of reality, as in the case of the crime of Lumi Videla in 1974. Around this crime, the press investigated the causes of the assassination and constructed different theories that went beyond the informative limits set by the dictatorship. This article aims to give an account of the different journalistic strategies and tactics that were deployed during the first years of the dictatorship based on the case of Videla, highlighting the impact of censorship on the professional practices of the press

Keywords: Dictatorship; Press; Censorship; Imaginary

RESUMO

Durante os primeiros anos da ditadura, o regime militar controlou de fato a mídia e fez de seu discurso a única fonte de informação. Os discursos jornalísticos construíram diferentes representações contraditórias da realidade, como no caso do crime de Lumi Videla, em 1974. Em torno deste crime, a imprensa investigou as causas do assassinato e construiu diferentes teorias que foram além dos limites informativos estabelecidos pela ditadura. Este artigo visa dar conta das diferentes estratégias e táticas jornalísticas que foram empregadas durante os primeiros anos da ditadura com base no caso de Videla, destacando o impacto da censura sobre as práticas profissionais da imprensa

Palavras-chave: Ditadura; Imprensa; Censura; Imaginario

Como citar. Sallusti P., L. “Varias voces, un solo crimen. Censura, imaginarios y libertades en la prensa chilena en dictadura a partir del caso de Lumi Videla (1974)”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 26, n° 1, 2022, pp. 137-170, doi: <https://doi.org/10.35588/rhsm.v26i1.4991>.

«No son las noticias las que hacen el periódico, sino el periódico el que hace las noticias.»

Umberto eco

1. INTRODUCCIÓN

Reza el Informe Rettig:

“LUMI VIDELA MOYA

Muerta. Santiago, noviembre de 1974.

Lumi Videla, de 26 años de edad, era casada y madre de un hijo.

Con estudios en Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile.

Militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En septiembre de 1974 fue detenida por agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), muriendo el 3 de noviembre del mismo año, víctima de la tortura. El 4 de noviembre, su cuerpo fue lanzado al interior de la Embajada de Italia en Santiago.” (444)

Esto lo sabemos hoy, a casi cincuenta años de su muerte. Sin embargo, los días que siguieron a esa oscura madrugada de noviembre, en las imprentas de los diarios más importantes del país se estampaba otra historia. Otras historias. Unas que, levantadas a partir de rumores, testigos y comunicados oficiales, construyeron en las páginas de los medios informativos distintas versiones en torno a la muerte de Lumi Videla.

Algunos, por ejemplo, informaron que la joven había muerto en una orgía, a manos de los cientos de asilados de izquierda que se refugiaban entre los muros de la residencia diplomática italiana, y en medio de una fiesta llena de excesos y depravaciones («Celos o delación ¿cuál de los asilados dió muerte a la mujer?» portada). Otros, defendieron que la muerte de la militante había sido un crimen pasional; que su esposo, Sergio Pérez, miembro también del MIR, la había asesinado a sangre fría producto de un ataque de celos («Estrangularon a una hermosa mujer en los jardines de la Embajada italiana» 31). Se dijo, incluso, que tras buscar refugio en el recinto italiano, Lumi fue acusada por algunos asilados de colaborar con el régimen militar, generándose rencillas internas que llevaron a su muerte («Alrededor del MIR. Arsenales y estrangulamientos.» 15).

Esto, en medio de un clima informativo marcado por fuerte censura. Y es que desde el día mismo del golpe de Estado, 11 de septiembre de 1973, la prensa y los diversos canales de información fueron coartados. Ya fuese por temor, amedrentamientos o lealtad al nuevo régimen, los distintos periódicos, radios y canales de televisión comenzaron a transmitir a la sociedad chilena aquello que las Fuerzas Armadas buscaba comunicar. No fueron pocas las veces que los y las periodistas debieron escribir al pie de la letra aquello que les era recitado por los militares (Dognac et al. 66). Muchos, al intentar resistirse, figuraron en las listas negras elaboradas por el régimen (Dorat Guerra y Weibel Barahona 10). Fueron exiliados, apresados, torturados y asesinados;¹ muchos otros no pudieron ejercer su profesión hasta el retorno a la democracia, casi veinte años después (Milesi 65). La Junta Militar y sus organismos de inteligencia se convirtieron, así, en una

1 Durante los casi veinte años de dictadura, fueron 40 los comunicadores muertos o desaparecidos, 300 los exiliados y a más de mil se les prohibió ejercer su profesión (Rivera 233).

presencia vigilante sobre lo que se informaba a las masas, y el monólogo que brotó del Estado fue, casi exclusivamente, la fuente periodística por excelencia. En ella, y a través de ella, se ofrecía y defendía un proyecto nacional indiscutible e inmodificable (Monsálvez 168).

Mas entonces ¿cómo fue posible que, bajo tan estricta censura, existieran diferencias entre la información que presentaban los medios chilenos sobre un caso que les era tan cercano, y que trajo incluso consecuencias diplomáticas? ¿Por qué encontramos, entonces, al menos tres versiones de un mismo crimen? Paolo Murialdi, estudioso de la prensa italiana, nos entrega una metáfora que, clara y sencilla, puede ser de ayuda para dar respuesta a estas interrogantes. Este, al trabajar los periódicos durante la Italia fascista de la primera mitad del siglo xx, da cuenta de que la función de los medios de comunicación en un régimen totalitario es igual para todos: servir al régimen evitando lo que le es dañino y haciendo lo que le es útil. Sin embargo, indica, el periodismo italiano de aquella época es, también, “como una orquesta: el la es común, pero los instrumentos de la orquesta son diversos y hay, también, una diversidad de temperamentos y artistas” (149).

A pesar de que la dictadura chilena se construyó no como un régimen totalitario, sino autoritario,² las siguientes páginas darán cuenta del cómo el asesinato de Lumi Videla y su cobertura por parte de la prensa escrita permiten observar en los medios chilenos –y en la censura de estos– una dinámica similar a la planteada por Murialdi. Se propone que, durante los primeros años de Dictadura, la información no se construyó siempre a partir de rutinas periodísticas vigiladas por la autoridad, sino que a momentos se dio a los medios una ‘libertad imaginada’: el régimen, en su afán por controlar la información, entregaba a la prensa la historia a grandes rasgos, y dejaba en ella el trabajarla, profundizarla y comunicarla a sus lectores. Esto, sin embargo, levantando siempre un mismo discurso. Uno que, acorde con la batalla psicológica que libraba la Junta Militar, debía resguardar al régimen, legitimando su labor y construyendo una imagen positiva de este, a la vez que atacaba “todo aquello que divergiera de su política o que refiriera a un pasado que buscaba ser relegado de la memoria pública” (Rivera 231,232). Un *discurso de salvación* que, teorizado más adelante, asociaba a la

2 En discusión constante, existen variadas opiniones en torno a la naturaleza del régimen militar chileno. Sin embargo, para fines de esta investigación, trabajaremos la dictadura chilena como una autoritaria. Ello, bajo las definiciones del sociólogo español Juan Linz, quien identifica en los regímenes autoritarios un pluralismo que, aunque muy limitado a través de formalidades legales, se identifica en el caso chileno y da pie a pequeñas diferencias de opinión y pensamiento. Esto no ocurre en Estados totalitarios, donde existe una ideología oficial que domina todos los aspectos de la sociedad (Linz).

izquierda tópicos como violencia, escándalo e inmoralidad, mientras que veía en la Junta Militar la personificación de conceptos contrarios, como bienestar, progreso y Patria.

Para ello, en las siguientes páginas se examinarán distintos periódicos, diarios y revistas. Se trabajará con los diarios *El Mercurio*, *La Segunda* y *La Tercera de la hora*, así como también con algunos números del semanario *¿Qué Pasa?* De ellos, tras un breve estado del arte y una caracterización de la prensa chilena en Dictadura y del caso a trabajar, se hará un análisis discursivo que dividirá el presente artículo en dos etapas. Una primera, en la que se contrastarán las distintas versiones comunicadas por la prensa en torno a la muerte de la joven del MIR, y una segunda, en la que alejaremos el lente de análisis para estudiar la cobertura que estos mismos medios hicieron, durante gran parte de 1974, de la que sería luego la escena del crimen: la embajada de Italia y sus asilados. Todo ello, bajo una óptica semiótica que busca relevar las diferencias entre las versiones de lo sucedido a Lumi Videla, al tiempo que da cuenta del cómo estas se enmarcaron en un determinado discurso impulsado por la Dictadura.

2. ESTADO DEL ARTE

A pesar de ser una de las fuentes más consultadas por la disciplina histórica, al entregar – en palabras de Barbara Tuchman – una *idea del sabor* de su época (15), las prácticas que envuelven el trabajo de la prensa escrita en Chile han sido estudiadas por la Historia de forma más o menos reciente. Por mucho tiempo, estas fueron dejadas a disciplinas como la sociología, quién las trabajó en relaciones dicotómicas que distinguían entre elementos que, hoy sabemos, no son del todo independientes sino parte de un mismo proceso. Entre ellos, por ejemplo, la práctica y el discurso, el individuo y el colectivo o el proceso de producción y su producto (la noticia) (Salinas y Stange 13).

La disciplina histórica, al menos en los últimos treinta años, ha levantado nuevos prismas de análisis para este problema. De la mano de autores como Claudio Salinas, Hans Stange, Giselle Munizaga y Carla Rivera, entre otros, se ha profundizado en la construcción de la información, a través del estudio de diversos medios y de la propuesta de nuevas miradas. Ello, conceptualizando a los medios de comunicación como entes participantes de la sociedad a la que informan, y afectados por los diversos conflictos y cambios que narran sus noticias (Salinas y Stange 18). Es decir, la Historia ha estudiado a la prensa no solo como fuente de información, sino que como el producto de su propio tiempo.

En parte es por ello que, como es el caso de este estudio, podemos trabajar la prensa en el marco de un periodo particular, como es la dictadura que gobernó Chile entre 1973 y 1989. Aquél fatídico 11 de septiembre se cerraron procesos de cambio, a la vez que se abrieron nuevas formas de gobernar y vivir en Chile. Transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que, quizás más que nunca antes, afectaron a la prensa. No por nada es que –y tal como indica Karen Donoso– en el ámbito de la cultura estos años evocan palabras como “apagón” u “oscuridad” (15). Fue una etapa de restricciones y censuras, donde la prensa diaria encontró altos niveles de intervencionismo. Se cerraron periódicos, mientras otros se alinearon con los militares e, incluso, se diseñaron estrategias comunicacionales que buscaron impactar en las emociones del público y proyectar sobre el régimen una imagen de orden, prosperidad y gobernabilidad (Rivera 234). El quiebre del sistema democrático de comunicación, que había caracterizado al país por más de cincuenta años (Rivera, «La verdad está en los hechos: una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en Dictadura» 84), se reflejó entonces en las páginas de los periódicos y en las voces que salían en las radios, pues eran producto de un trabajo informativo que cambió de forma rotunda.

Estas transformaciones impuestas por el régimen militar a los medios han sido el punto de partida para importantes estudios alrededor de la historia de las comunicaciones, los que pueden clasificarse bajo las categorías propuestas por el teórico Philip Schlesinger (1992). Experto en comunicaciones, Schlesinger entiende la interacción entre los medios y sus fuentes como una relación bidireccional, que por ello puede estudiarse desde dos perspectivas: una «internalista», que concentrada en las fuentes de información estudia sus actitudes y motivaciones de forma independiente, y otra «externalista», que pone atención no solo en aquellos que son fuente de información, sino también en los periodistas que la trabajan y entregan, especialmente en la presión que ejercen los unos a los otros (Schlesinger 292,293).

Así, por ejemplo, en gran parte de los trabajos que concentran su estudio en el discurso de los medios de comunicación, y en el cómo este se construyó bajo condiciones de alta represión política y social, prima una perspectiva «internalista». Una que va más allá de los medios y periodistas, poniendo énfasis en la construcción de la información. Entre muchos otros, significativo es el trabajo de Giselle Munizaga (1983), quien aun en Dictadura trabajó las políticas de comunicación en regímenes autoritarios y describió una prensa que solo se nutría del monólogo estatal, a la que le era imposible construirse sobre la base de un sujeto político constituido, como lo hacía previo al Golpe (13). Y con ello, Munizaga profundizó quizás por primera vez en la teoría mediática que Augusto Pinochet y las Fuerzas Armadas habían impuesto a la prensa nacional.

De la misma manera, la perspectiva «externalista» puede observarse en trabajos como el de Carla Rivera en torno a la radio Cooperativa en Dictadura (2008). En él, la historiadora analiza las diversas estrategias periodísticas que hicieron del medio radial, hacia la década de 1980, un opositor al régimen. Por ello, su atención va más allá de las fuentes informativas, para concentrarse en aquel tira y afloja que existe entre periodistas e informantes: en el caso de Cooperativa, el uso de un discurso “objetivo”, que aun dentro de la censura dictatorial, informó aquello que otros callaban. Rivera no se queda, entonces, solo en el cómo se construía la información —es decir, en las fuentes—, sino que trabaja también el cómo se daba forma a las noticias que, día a día, escuchaban cientos de chilenos (Rivera, «La verdad está en los hechos: una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en Dictadura» 81, 82)

Un ejercicio similar es realizado por los distintos autores de *El diario de Agustín: cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los Derechos Humanos (1973-1990)*, editado por Claudia Lagos (Dounnac et al.). A través de un variado cuerpo documental, en el que destacan entrevistas inéditas, esta investigación colectiva construye la historia reciente del diario El Mercurio a través de aquellos que, muchas veces desde su redacción, informaron al país. Así, se reconstruye el vínculo fuente-medio en importantes eventos noticiosos, e incluso en montajes mediáticos de gran envergadura que, como la difusión del conocido Plan Z o la así llamada Operación Colombo, sirven al estudio de las presiones políticas y editoriales que dan cuenta de las presiones que caracterizan el enfoque «externalista».

No obstante, las perspectivas «internalista» y «externalista» no deben entenderse por sí solas. Schlesinger propone estudiar, a su vez, el actuar de los periodistas como individuos, y su relación con la fuente informativa más allá de las instituciones a las que representan. Esta, indica el sociólogo, nunca ocurre en desmedro del vínculo medio-fuente ya mencionado, sino que deben entenderse de forma simultánea. Ello, sin embargo, no implica que no puedan estudiarse por separado, por lo que pueden levantarse dos nuevas categorías: aquella que trabaja una perspectiva «individual», es decir, se concentra en la relación entre un determinado reportero y su fuente, o el estudio de esta relación bajo una óptica «colectiva», que caracteriza a periodistas y fuentes como representantes de instituciones mayores, como diarios, revistas o canales de televisión, y los estudia como tal (Schlesinger 294).

En esta línea, un buen ejemplo de los trabajos desarrollados bajo una óptica «individual» es el coordinado por el periodista Orlando Milesi, alrededor de las vivencias de *Corresponsales bajo Dictadura (Chile, 1973-1990)* (2018). Con foco en los enviados internacionales, este libro destaca el papel de los periodistas del régimen militar chileno a través del testimonio de los mismos actores. Una

historia coral, que aborda distintos episodios, muchos hoy emblemáticos, a través de los que se da cuenta de la relación entre el periodista como individuo –con sus creencias e ideologías, sus aciertos y culpas– y las rutinas que daban vida a sus artículos, crónicas y reportajes.

Así, este libro compila experiencias como las de Irene Geis, quien narra un desayuno organizado por Augusto Pinochet para un grupo de periodistas, cuya transcripción oficial en prensa omitió importantes respuestas del dictador (Milesi 115-118). O las seis historias del corresponsal Carlos Cisternas, detenido por intentar detener al dirigente sindical Clotario Blest hacia 1978 (Milesi 73-82). En ellas, muchas veces de forma tácita, se ejemplifican rutinas periodísticas y se da cabida a las perspectivas teóricas antes expuestas. Lo mismo ocurre en trabajos ya mencionados, como es el texto sobre *El Mercurio* editado por Claudia Lagos. Muchas de las entrevistas que componen los cinco estudios en torno al periódico de Agustín Edwards dan cuenta de las diversas rutinas de cada periodista. Testimonios como el del Premio Nacional de Periodismo 2005, Juan Pablo Cárdenas (Dougnac et al. 52), o el de la periodista María Beatriz Undurraga (Dougnac et al. 82), nos muestran el cómo la individualidad del trabajo informativo afecta, de una u otra forma, la información que los lectores aprehenden de aquellas letras impresas en tinta.

Sin embargo, cuando estudiamos aquellos relatos como un todo –funcionales, en este caso, a las investigaciones compiladas por Lagos–, estos se vuelven ambivalentes: ya no son solo vivencias de un periodista, sino que testimonios de un medio común; en este caso, *El Mercurio*. Y por ello, son analizables también bajo la segunda óptica propuesta por Schlesinger: la «colectiva». Ocurre lo mismo con trabajos como el de Guillermo Sunkel, también sobre *El Mercurio* (1983), o el de Carlos Ruiz sobre la revista *¿Qué pasa?* (1983). Giran alrededor de un medio, analizan su discurso, trabajan su recepción por parte de los lectores, y sin perder de vista las rutinas de cada periodista, estudian al medio como un órgano en sí. Un todo que posee una línea editorial determinada y un discurso común.

De esta forma, y si tuviésemos que catalogar las páginas que siguen bajo la propuesta de Schlesinger, estás entrarían dentro de una clasificación «internalista» y «colectiva». «Internalista», pues al centrarse en los primeros años de la dictadura chilena, la estricta censura que sufrían los medios anula toda posibilidad de presión por parte de los periodistas, entregando a aquellos que hacían de fuente informativa el dominio y regulación por sobre el trabajo mediático (De Martini 11). «Colectiva», a su vez, pues toma el trabajo periodístico a nivel institucional, privilegiando la postura del medio por sobre los procesos individuales del periodismo.

Todo ello, para estudiar un caso específico y su cobertura en distintos medios de prensa escrita. El asesinato de Lumi Videla, en noviembre de 1974. Portada de los principales medios nacionales, este caso ha sido poco investigado hasta la fecha. Ello, a excepción de algunos escritos testimoniales, como son las memorias diplomáticas de Tomaso de Vergottini (1991) y Emilio Barbarani (2012), o su mención en investigaciones que giran alrededor de las relaciones políticas entre Chile e Italia durante la época, como aquella escrita por Rafaele Nocera sobre las relaciones entre la Democracia Cristiana italiana y su símil chileno (Nocera, Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno: 1962-1973).

Mas no se ha trabajado el caso a partir de una óptica mediática. Ello, a pesar de la gran relevancia que esta tiene para con el caso: un montaje que, a través de los medios de comunicación, buscó proyectar en la sociedad un discurso de odio y terror en torno a la izquierda política. Algunos apuntes al respecto fueron publicados por quien escribe hace unos años en un artículo titulado *Al otro lado del muro. El asesinato de Lumi Videla y las relaciones ítalo-chilenas durante la dictadura de Augusto Pinochet* (2019). No obstante, aún queda mucho que profundizar sobre ello. He aquí, por tanto, una de las motivaciones tras esta investigación.

3. CHILE, 1974: PRENSA, CENSURA Y DIPLOMACIA

La tribuna donde toman asiento los periodistas se ha convertido en el cuarto poder del Estado, señaló durante la segunda mitad del siglo xix el historiador y político inglés Thomas Macaulay (Briggs y Burke 218). Refiriendo a la influencia de los medios en la sociedad y opinión pública y, viceversa, al cómo la sociedad influye en los medios, Macaulay fue quizás uno de los primeros que relevó la labor periodística y sus resultados al nivel de decisión que tenían otros actores, como ministros, congresistas, e incluso reyes y presidentes. Y no se equivocaba: a lo largo de la historia, y desde el nacimiento de la prensa como tal, esta se ha dedicado no solo a informar, sino que también a inculcar y crear opinión en los distintos actores sociales. Ha formado mentes,³ influyendo por ello en las demandas que el pueblo hace al Estado que lo gobierna.

3 Tanto en inglés como en francés, el verbo ‘informar’ deriva del latín *īnfōrmō*, significando originariamente no solo dar a conocer hechos que podían ser incriminatorios, sino que también ‘formar la mente’. Para mayor profundización, véase el texto de A. Briggs y P. Burke (213).

Por lo mismo, no es extraño el control que, durante los días siguientes al golpe militar de septiembre de 1973, el Estado impuso sobre la prensa. Buscando un manejo total sobre el gobierno y la sociedad chilena en aras de restaurar la paz y curar a Chile del que, a sus ojos, era un *cáncer marxista* que lo aquejaba hace más de tres años, la Junta Militar asumió no solo el mando del poder Ejecutivo, sino también del Legislativo y del Constituyente, estableciendo así una ruptura total y radical con el sistema democrático. Suspendiendo parcialmente la Constitución y modificando leyes a través de decretos constitucionales, para el 24 de septiembre de ese año⁴ los militares ya ejercían un total dominio sobre los tres poderes del Estado; el cuarto, la prensa, era a sus ojos quizás el más peligroso, y por ello no podía quedar atrás.

Así, y aunque se convirtió en ley recién a finales de 1975, el control de la prensa por parte del gobierno dictatorial fue casi inmediato. Buscando eliminar cualquier discurso que no fuese el oficial, y a su vez, intentando neutralizar las comunicaciones de su adversario, desde el mismo 11 de septiembre la Junta Militar estableció una serie de restricciones hacia la labor de los medios, reflejadas, por ejemplo, en la suspensión de las ediciones de prensa escrita para el día siguiente (Doughnac et al. 61). Se aplicaron medidas represivas fundadas en disposiciones legales vigentes en la época, y que obligaron, entre otros, a aprobar un ejemplar de cada periódico antes de que este fuese distribuido. (De Martini 11, 12). También la censura y control sobre las comunicaciones se asentó en un sentir muy común para la época: el miedo. Los medios escritos que no fueron cerrados debieron someterse, durante al menos un mes, a la presencia de militares en sus dependencias (Doughnac et al. 59) y, en gran parte de los años posteriores, se abstuvieron de investigar muchos casos por temor a pasar a llevar al régimen.

En otras palabras, tras el Golpe los militares intervinieron las rutinas periodísticas de los diversos medios de comunicación, y de quienes trabajaban en ellos. Estas, entendidas como las prácticas internalizadas e institucionalizadas que, hechas hábito por los periodistas, construyen y legitiman la noticia, se vieron fuertemente controladas (Stange y Salinas 25). Se limitó el trabajo periodístico del día a día: el reportear, el investigar y el escribir. Como bien expone Claudio Salinas: “salvo contadas ocasiones, el periodismo chileno durante los años ’70 y en buena parte de los ’80 estuvo en un túnel, donde el comunicado oficial era la tónica y la corroboración de fuentes, una utopía” (Doughnac et al. 9).

4 En esa fecha, la Junta Militar emite el decreto de ley número 27, que disuelve el Congreso Nacional y termina con las funciones de todos sus parlamentarios. («El Congreso Nacional y sus edificios»)

La orden, tácita y explícita, fue entonces solo una: todo medio informativo debía compartir los mismos códigos a la hora de cumplir con su labor, sin dobles lecturas. Quién no aceptara o infringiera las reglas del juego, arriesgaba la clausura temporal, e incluso definitiva, de sus instalaciones, así como en muchos casos, la vida de sus funcionarios (Dougnac et al. 63).

De esta manera, desde septiembre de 1973 hasta fines de 1974, la censura operó de facto para los medios de comunicación, amparándose en la excepcionalidad constitucional y, por ello, sin marcos legales específicos (Donoso 42). Se regulaba, aceptaba o negaba, a través de diversos mecanismos, todo contenido publicado. Ya fuese por orden de funcionarios gubernamentales, por simpatía de la dirección del periódico hacia la Junta, o simplemente, por una autocensura basada en el miedo a represalias, el cuarto poder había sido coartado por la dictadura, y con él su discurso informativo. El raciocinio característico de los medios y sus periodistas, entonces –y en palabras del sociólogo alemán Jürgen Habermas– desaparecía tras el velo de las decisiones internas acerca de la selección del material y su presentación (198), siempre acorde a lo dispuesto por el régimen.

Tal como se indica en el Informe Rettig:

“[...] La prensa continuó haciéndose portavoz de las versiones oficiales de sucesos relacionados con detenidos desaparecidos que pretendieron ocultar la responsabilidad de agentes del Estado chileno y fueron presentadas como ‘la verdad’ de lo ocurrido, en circunstancias de que, en muchas ocasiones, existían motivos plausibles para dudar tales versiones.” (610)

Los medios se convirtieron, entonces, en comunicadores de la *verdad oficial* del régimen; verdad que, en general, no se condecía en su totalidad con lo que ocurría en realidad. Sin embargo, a pesar de esto, y debido al importante papel de la prensa en el aparato cultural de una sociedad, al producir –y reproducir– significaciones y categorías alrededor de cierto hecho o temática, la publicación de las versiones estatales las volvía oficiales y, por tanto, reales para gran parte de la población (Sunkel 25). En palabras de Michel Foucault: el lenguaje construía realidades (73).

Y es en esta línea en la que, tanto el asesinato de Lumi Videla como gran parte de los eventos noticiosos dados a conocer por el régimen a través de su publicación en la prensa, se enmarcan en una memoria, y por tanto un discurso, de salvación. Acuñado por Steve J. Stern para referir, específicamente, a los recuerdos de algunos actores relacionados con la Dictadura (*Luchando por*

mentes y corazones 73), se observa que la memoria, vista en su presente, se transforma en discurso: Pinochet y las Fuerzas Armadas buscaron, tanto en su día a día como para el futuro, generar un imaginario alrededor de una izquierda sanguinaria y marginal, y un relato centrado, por sobre todo, en el cómo el golpe de Estado había salvado a los chilenos de ella.

En este sentido, la salvación buscó también sustentar la legitimidad de la Junta Militar. Y para ello, la difusión del terror se construyó como uno de los pilares más importantes de los primeros años de Dictadura. Con este fin, se fueron configurando las diadas Unidad Popular–maldad, y Junta Militar–bondad, transmitidas a través de los medios de comunicación. Al mismo tiempo, se asociaron palabras y conceptos a dos bandos que, bajo el nuevo orden, eran vistos como malos y buenos. Así, conceptos ‘violentistas’, ‘extremistas’, ‘traición’ o ‘sanguinario’ se usaron para relatar los distintos acontecimientos relativos a la izquierda, a la vez que otras opuestas, como ‘orden’, ‘tranquilidad’, ‘normalidad’ o ‘libertad’ se relacionaron a las Fuerzas Armadas y su proyecto de país (Secretaría General de Gobierno 3050)

Sin embargo, esta difusión del terror necesitaba no solo de una prédica atemorizante, como indica Karen Donoso, sino que también de acciones que lo respaldaran y dieran sustento a su discurso. Acciones que fueron montadas de manera estratégica y sigilosa, y puestas en marcha en complicidad con los medios de comunicación. Estos, proyectaron escándalos mediáticos que, buscando disminuir la oposición social, legitimaran al régimen dictatorial y dieran normalidad a la coartación de libertades (Donoso 52,53). Algunos de ellos, ampliamente conocidos como el llamado Plan Z, fueron operaciones específicas, con un alto grado de planificación e inversión de recursos.⁵ Otras, como el caso de Lumi Videla aquí tratado, dieron pie a un mayor número de especulaciones y rumores, siempre levantados por la prensa –como proponen estas páginas– por y para los fines del régimen. Con ello, “se demostraba que la represión física y la censura a la libertad de expresión iban de la mano”(Donoso 39).

Y en este sentido, aunque gran parte del país sabía del control informativo, lo que de verdad ocurría era tan inverosímil en parámetros de normalidad que creer lo inventado por el gobierno era mucho más fácil (Stern, *Luchando por mentes y corazones* 123) y, por qué no, más seguro. Esto es importante, pues aún en una prensa censurada el lector no es un sujeto pasivo. El proceso informativo

5 Bajo este nombre se conoce el montaje mediático que, enmarcado en una operación de guerra psicológica, fue construido por el régimen dictatorial chileno. Este, buscaba hacer creer a la ciudadanía que Salvador Allende, su gobierno y la izquierda chilena planeaban llevar a cabo un autogolpe, con el fin de imponer a la fuerza un gobierno marxista. (Dougnac et al. 99-104)

se enmarca en un ciclo de información-interpretación, en el que el medio de comunicación –en el presente caso, el periódico– construye, a través de la significación de los hechos, un determinado ‘escenario ideológico’. A su vez, este escenario, ligado a las creencias que lo fundamentan, espera que el lector cierre el proceso haciendo una lectura interpretativa de lo informado. Existe, en otras palabras, una complicidad informativa entre los medios de prensa –y su significación de los hechos– y el lector –y su interpretación de estos mismos– (Sunkel 32,33). Así, y tal como narra el italiano Umberto Eco en su novela *Número cero* –una sátira que gira en torno a la prensa, las comunicaciones y el cómo estas pueden ser usadas para construir la realidad que llega al público–, las noticias en Dictadura muchas veces se construían a partir de “pruebas indiciarias, sobre cuya base no se podía condenar a nadie, pero eran suficientes para inquietar a la opinión pública” (211).

De esta manera, y si en estado normal la prensa mantiene un intercambio constante con los distintos actores de la sociedad, al recoger informaciones y opiniones para difundirlas a través de sus páginas, bajo censura este intercambio se da unilateralmente con el Estado. Ojo vigilante, la dictadura controla la información evitando que se publique aquello que no quiere que se conozca, limitando la investigación periodística alrededor de ciertos eventos y, por sobre todo, entregando la única información válida y comunicable: la oficial (Munizaga 10). Aquella que difundió una imagen demoniaca de la izquierda, justificando en ella la violenta represión y la concentración del poder en manos militares, mientras retrataba a estos últimos como héroes y entregaba una imagen positiva de su accionar, sustentada muchas veces en noticias inventadas o montajes informativos (Stern, *Luchando por mentes y corazones* 97).

Y es justamente en esta última categoría en la que se enmarca el asesinato de Lumi Videla Moya. Su cuerpo, hallado muerto dentro de los muros de una residencia diplomática, fue usado por los organismos de inteligencia del gobierno para crear un relato que no solo continuara con su campaña de desarticulación de la izquierda, sino que también atacara a uno de sus principales opositores a nivel internacional: Italia.

¿Por qué Italia? Comandado por una coalición de centro izquierda, cuyos partidos de masas registraban amplias solidaridades con sus símiles chilenos (Stabili 33), el gobierno italiano era uno de los pocos que, habiendo pasado más de un año desde el golpe de Estado, no reconocía aún la legitimidad de la Junta Militar. Pero no había existido, tampoco, un acto de ruptura diplomática con el nuevo régimen.

La situación era compleja. Con una viva imagen de su pasado fascista en la memoria, la opinión pública italiana no veía con buenos ojos la irrupción

de los militares en el gobierno, y mucho menos las terribles noticias que cruzaban el Atlántico y hablaban de detenidos, torturados y desaparecidos. En su rechazo, fueron cientos los que se lanzaron a las calles, donde “la emoción y las protestas que inmediatamente se desencadenaron en Italia alcanzaron una excepcional amplitud, más que en cualquier otro país” (Napolitano 115). Chile y el reconocimiento diplomático a la Junta Militar se convirtieron, así, en un asunto de política interna italiana (Nocera, «Le ripercussioni del golpe sulle relazioni italo-cilene.» 60).

En parte por lo mismo, y luego de un debate parlamentario permeado por la opinión pública, pocos días después del Golpe el gobierno italiano condenó la violencia y el quiebre de la legalidad constitucional ocurrido en Chile, mas eligió la estrategia de la «espera» en cuanto a sus relaciones diplomáticas (Nocera, «Le ripercussioni del golpe sulle relazioni italo-cilene.» 59). Estrategia que dejaba la puerta abierta para cualquier desarrollo futuro, dejando leer entre líneas una preferencia por la conservación de las relaciones y, a su vez, anhelando una iniciativa conjunta en el ámbito europeo o, en su defecto, la normalización de la situación política hacia el sur del mundo (Sallusti Palma 185).

Pero con el pasar de los meses y el recrudecimiento de la dictadura chilena, esta espera se tradujo, de una u otra manera, en acciones. El gobierno italiano retiró a su embajador y lo sustituyó por el Encargado de Negocios Tomaso de Vergottini, rebajando con ello, y de manera más simbólica que práctica, su vínculo diplomático con el régimen (Ferraris 309,310). Tanto el gobierno como sus habitantes solidarizaron con aquellos exiliados que volaban por el mundo en busca de un nuevo hogar, tendiéndoles una mano. Fueron muchos los chilenos que se establecieron a lo largo de la península itálica, y entre ellos gran parte de los líderes de la izquierda chilena. Roma, aquella *città eterna* que les hace de capital, recibió entre marchas de apoyo y gritos de condena a la Junta Militar, a diversas organizaciones con fines políticos y humanitarios que buscaron, desde el otro lado del Atlántico, el cese de la violencia, la liberación de los presos políticos chilenos y la vuelta de la democracia (Fermandois 430).

No obstante, fueron las acciones de los enviados italianos en Chile aquellas que, es probable, enfurecieron de mayor manera a los militares que ostentaban el poder (Sallusti Palma 199). Y es que desde los días posteriores al Golpe, y en adelante, fueron cientos los chilenos que escapando de la represión, la tortura y la muerte, buscaron asilo en la embajada de Italia. Entre sus muros, estos «enemigos del régimen» esperaron el salvoconducto necesario para dejar el país hacia el exilio. La residencia italiana no fue la única, por cierto. Sin embargo, hacia mediados de 1974 era la que contaba con una mayor cantidad de

huéspedes:⁶ sus bajos muros y el hecho de que mantuviera sus puertas abiertas para cualquier persona que se sintiera amenazada por los órganos de inteligencia de la dictadura, hizo que en un total de dos años (1973-1975) habitaran en ella más de 750 personas (*Documental sobre el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973*) (*Santiago, Italia*). Hombres, mujeres y niños que, en aquella manzana de tierra bajo jurisdicción del gobierno italiano, encontraron protección, seguridad y la oportunidad de pensar en un futuro.

Mas en ello, así como en los otros gestos de solidaridad y desapruebo a lo ocurrido en Chile, el régimen chileno veía una amenaza. Italia era vista, a ojos de la Junta Militar y sus adherentes, como un gobierno que protegía a sus enemigos, a la vez que se levantaba como centro de la resistencia internacional contra la dictadura. Todo ello, sin que los enviados diplomáticos contaran con las credenciales necesarias y, quizás peor, en un clima donde sus relaciones bilaterales tambaleaban entre una promesa de renovación y una constante amenaza de quiebre total. Y fue justamente esto lo que llevó a la dictadura chilena a lanzar un cadáver a los jardines del edificio diplomático y, desde mucho antes, a comenzar una campaña mediática contra el gobierno italiano.

4. ¿CELOS O DELACIÓN? TRES VERSIONES DE UN MISMO CRIMEN

Como un *homicidio entre marxistas*. Así fue caracterizado, a ojos de la Junta Militar, el asesinato de Lumi Videla Moya, ocurrido durante los primeros días de noviembre de 1974 (Sallusti Palma 192). Y es que la versión *oficial* de los hechos, aquella informada y defendida por los distintos organismos de prensa nacional, se resume, de una u otra manera, en esa pequeña afirmación.

Horas después de encontrado el cuerpo, y por sobre todo en las ediciones de prensa de los días que siguieron, se planteó que la joven militante del MIR había encontrado refugio en la residencia italiana días antes del 3 de noviembre (de Vergottini 219) (Barbarani 26). Algunos medios, incluso, sugirieron que se había asilado aquella misma noche, lo que explicaba su ausencia en las listas de huéspedes que, casi a diario, construían los diplomáticos italianos. De aquella noche, los medios oficiales tenían “constancia de que los asilados tuvieron una verdadera orgía en el interior de la casona de Miguel Claro” («Se retractó la

6 Así definía el régimen chileno a quienes se refugiaban en sedes diplomáticas de países no americanos. El término ‘refugiados’ solo apelaba a aquellos que buscaban asilo en edificios diplomáticos latinoamericanos (Nocera, *Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno: 1962-1973* 217).

Embajada Italiana sobre el caso de la estrangulada» última página), es decir, en el edificio de la embajada de Italia. Y fue en este contexto en el que, se dijo, ocurrió el crimen. Asfixiada por alguno de sus compañeros de lucha, el porqué era incierto y, por tanto, dio lugar a diversas especulaciones que, trabajadas por la prensa, teorizaban entorno a los distintos motivos de un asesinato tan crudo y despiadado.

Por esto último es que el asesinato de Lumi Videla y su cobertura mediática nos permite observar algunas libertades que, aunque imaginadas, existieron hacia la prensa en un ambiente mediado por la censura. ¿Por qué imaginadas? Porque aunque existen grandes diferencias en las historias que nacen de ellas, su objetivo era el mismo: promover la imagen de una izquierda criminal, poco moral y que, de una u otra manera, era merecedora de la represión que sufría a diario.

De esta forma, y aunque al revisar la prensa de la época es posible notar algunos elementos comunes en torno a este asesinato, como el lugar del deceso (los jardines de la embajada de Italia), sus asesinos (los asilados de izquierda) y la causa de muerte (asfixia), los periódicos desarrollaron en sus páginas diversas versiones de lo ocurrido. Construidas en base a rumores y testimonios de vecinos al edificio italiano, así como de testigos muchas veces no identificados, serán tres las teorías que predominen alrededor del qué gatilló los sucesos ocurridos aquella noche de noviembre.

En primer lugar, la versión que aparecerá en la prensa durante los primeros días de cobertura es, quizás, la que más se conoce hasta hoy: se postuló, en diarios como *La Segunda* o *El Mercurio*, que Lumi Videla había muerto mientras participaba de una orgía, la que había tenido lugar dentro del edificio diplomático durante la madrugada del 3 de noviembre («Celos o delación ¿cuál de los asilados dio muerte a la mujer?»). Las informaciones se centraron, entonces, en los enormes excesos que según testigos tenían cabida a diario en la Embajada («Sepultada mirista hallada en la Embajada Italiana» 21,22). No se sabía quién había perpetrado el asesinato, es cierto – dijeron los medios – pero lo que si estaba claro es que este era producto de los comportamientos degenerados y enormes destemplanzas que caracterizaban a los militantes de izquierda y, por consecuencia, a quienes se refugiaban dentro de las paredes italianas.

Y como fuente de credibilidad se citó a los vecinos del sector. Sin dar nombres, fueron estos mismos –se dijo– quienes declararon a la prensa que durante la noche del asesinato, dentro de la Embajada se había realizado una fiesta de extraordinarias proporciones:

“Vecinos de la calle Elena Blanco, que no quisieron identificarse por temor a represalias de los extremistas, dijeron que ‘en verdad

todas las noches se realizan bulliciosas fiestas en el interior del recinto diplomático, pero la noche del sábado y madrugada del domingo aquello parecía una orgía de locos. (...) Varias botellas de licores vacías cayeron a la citada arteria lanzada por los enfiestados asilados’.” («Crimen en una embajada» 3)

De esta manera, y a través de distintos artículos, ambos medios destacaron los comportamientos inmorales que tenían lugar dentro del recinto de Miguel Claro 1359, construyendo una relación directa entre estos y la muerte de la joven militante que, aunque de izquierda, era vista como una víctima. Videla era, entonces, el mejor ejemplo de “hasta que extremos se puede llegar cuando una sede diplomática desvirtúa su función y se convierte en un centro de alojamiento para extremistas y antisociales.” («Se retractó la Embajada Italiana sobre el caso de la estrangulada» última página)

Así, a pesar de los constantes intentos de los diplomáticos italianos por desmentir estas acusaciones y, a su vez, de defender que la muerte de Lumi había ocurrido fuera de su edificio –y, por tanto, que su cuerpo se había lanzado dentro de él durante el toque de queda, lo que responsabilizaba tácitamente a las Fuerzas Armadas–, la prensa continuó responsabilizando a los militantes de izquierda. Y en esta línea, sin dar pie atrás respecto la tesis anterior, fue el diario *La Tercera* el que, unos días más tarde, entregó una segunda hipótesis respecto a la muerte de la joven militante: la del crimen pasional.

“Los familiares de la mujer aseguran ignorar el lugar donde se encontraba y desvirtuaron versiones en orden a que las relaciones de Lumi Videla Moya y su esposo eran malas. Por otra parte, fuentes responsables indicaron que Sergio Pérez Poblete [esposo de Videla] – con nombre falso – se encuentra asilado en la embajada de Italia junto con otros 200 miristas y que las relaciones con su esposa eran pésimas.” («Italianos desmienten versión de que el cuerpo fue lanzado desde el exterior.» 33)

Al no existir claridad completa sobre aquellos que se refugiaban en la embajada de Italia, y a pesar de las diversas aclaraciones dadas por sus funcionarios, como por ejemplo la constante entrega de listas de refugiados al gobierno dictatorial chileno, los rumores comenzaron a dar forma a la idea de que Lumi había muerto a manos de su esposo, el también militante del MIR Sergio Pérez. Producto, se indicó, de un ataque de celos o de diferencias previas, la pareja se habría enfrascado en una fuerte discusión durante la noche del 3

de noviembre, la que a Pérez se le habría ido de las manos, resultando en el asesinato de su esposa, ahorcada en medio de un ataque de ira.

Con tintes de crimen pasional, y sin quedar claro si la muerte se había dado o no enmarcada en la orgía mencionada por la prensa días antes, esta segunda hipótesis alrededor de la muerte de la joven es construida, al igual que la anterior, en base a *fuentes confiables*. Testimonios que, nuevamente sin autoría, entregaron al periódico una noción del cómo se desarrollaron los hechos dentro de la Embajada, e incluso, de la relación marital de Pérez y Videla antes de ellos.

Pero quizás aún más interesante es el que la familia de Lumi desmiente estos rumores, tal y como se da cuenta por parte del mismo medio en la cita anterior. El diario, entonces, cumplió con su labor periodística al entrevistar también a los más cercanos de la joven. Sin embargo, lo hizo sin considerarlos confiables como fuente a la hora de poner en claro los motivos del suceso. Esto, a pesar de dar cuenta en sus páginas de que el círculo más cercano a Lumi la buscaba hace meses e, incluso, había presentado un recurso de amparo ante el Tribunal de Alzada, con sospechas de que la joven militante había sido detenida por desconocidos («Italianos desmienten versión de que el cuerpo fue lanzado desde el exterior. En dos niveles pesquisan el crimen de la Embajada Italiana» 33). Así, esto es solo un ejemplo entre muchos del cómo en Dictadura, y de la mano de la prensa, se montaban *verdades*: se daba cabida en sus páginas a fuentes que, desde el anonimato, se decían muy confiables y ayudaban a sustentar la línea en la que el diario buscaba contar la noticia; en este caso, desacreditando los dichos de la familia y, con ello, debilitando su postura de manera inmediata.

Por último, y casi una semana después de hallado el cuerpo dentro de los jardines italianos, el semanario *¿Qué Pasa?* construyó desde sus páginas una nueva versión del suceso, y del porqué del asesinato de Videla. La existencia de militantes de distintos partidos de izquierda dentro de la Embajada, muchas con diferencias en cuanto a sus pensamientos, dio pie a que el semanario acusara que la muerte de la joven había sido producto de diferencias políticas internas entre los asilados: “Lo más probable es que el asesinato haya sido fruto de las rencillas internas de los extremistas asilados, cuyo número subió a doscientos o más después de la muerte de [Miguel] Enríquez.” («Alrededor del MIR. Arsenales y estrangulamientos» 15)

En esta línea, es posible observar en el semanario, nuevamente, el cómo se responsabiliza del asesinato no a un sujeto particular, sino que a la totalidad de los refugiados en territorio italiano. Sin embargo, esta teoría se diferencia de las anteriores, pues no liga las causas del crimen a la inmoralidad de la izquierda, sino que a sus diferencias y a su supuesta incapacidad de trabajar unida, la que esta vez había terminado de forma catastrófica. Desordenada y sin un fin común,

la izquierda era responsable entonces no solo de sus propias derrotas, sino que también de las persecuciones de las que era objeto, pues si sus partidarios habían sido capaces de matar a una mujer de sus filas solamente por pensar distinto, ¿qué podían hacerle al resto de los chilenos?

Mucho más ligado a los altos mandos de la Junta Militar que los medios anteriores (Ruiz 122), no es de extrañar que la versión comunicada por *¿Qué Pasa?* se condiga de manera clara con la hipótesis que, narrada por el diplomático Tomaso de Vergottini, era manejada por el gobierno. El representante italiano cuenta en sus memorias que, en una reunión días después de ser hallado el cuerpo, un militar de alto rango apodado el *Metálico* teorizaba la posibilidad de que: “[...] dando fe a sus declaraciones [las de De Vergottini y el personal de la Embajada], [Lumi] haya ingresado, digamos, a las 20, y haya sido muerta a las 23, tal vez porque alguien hizo circular la noticia de que era una delatora [...]” (de Vergottini 219).

El relato de De Vergottini va más allá de las rencillas indicadas por el semanario. Directamente, aunque de manera privada pues no se han encontrado documentos oficiales que den cuenta de esta versión por parte del gobierno, miembros importantes de las Fuerzas Armadas plantearon que se había acusado a la joven de haber delatado a miembros del movimiento en el que militaba y, por tanto, que se le había asesinado como castigo a la traición hacia sus compañeros. Esta hipótesis, a su vez, no solo otorgaba a la joven, así como a la izquierda en general, el carácter de traidores, de personas de poca confianza, sino que también reforzaba el carácter violento con el que actuaban los «enemigos del régimen» frente a quienes les eran contrarios.

De esta manera, y a pesar de las diferencias que presentan los tres relatos analizados, es posible observar en ellos una línea discursiva que les es común. Una que, mencionada anteriormente, se liga a la idea de la salvación para construir un imaginario negativo alrededor de la izquierda, catalogándola como marginal y sanguinaria, y viendo en ella un enemigo que debía ser derrotado y eliminado. Y es justamente este afán discursivo de demonización de la izquierda el que, reconocible a lo largo de las noticias que cubren el asesinato de Lumi Videla, toma un papel protagónico, al tiempo que se convierte en uno de los factores que articulan las distintas hipótesis construidas en torno al caso. En ellas, se reconocen tópicos como la inmoralidad, la traición y la violencia, los que entre varios otros, tienen como objetivo proyectar sobre la joven, pero también sobre los asilados de la embajada de Italia, un carácter negativo y perjudicial.

Analicemos, rápidamente y esta vez desde la óptica discursiva, las versiones antes relatadas. En un primer momento, a partir de la hipótesis que relaciona la muerte de la militante con los excesos y desenfrenos sexuales que,

se dijo, tenían lugar en la Embajada, fueron conceptos como la inmoralidad y la degeneración sexual de la izquierda los que se tomaron en la palestra mediática. La orgía y enorme fiesta que, según se dijo, habían servido de escenario para la muerte de Lumi no eran excepcionales, sino que un ejemplo más de los comportamientos obscenos y libertinos que, según dieron cuenta vecinos del sector, ocurrían comúnmente dentro de un edificio diplomático habitado casi en su totalidad por militantes de izquierda. Una izquierda que, así como sus integrantes, era degenerada, desenfrenada e inmoral, y por ello, contraria a las buenas costumbres y valores que el discurso del régimen militar buscaba defender.

Poco después, y a partir de la segunda versión antes trabajada –el crimen pasional–, el imaginario en torno a la izquierda inmoral se ve complementado por un nuevo tópico, el que presente en las tres hipótesis levantadas por la prensa, cobra en esta un papel central: la violencia. El hecho de que se postulara que Lumi Videla había sido muerta por su pareja, también militante de izquierda, no solo da a este caso un aire desalmado, sino que también uno sanguinario y extremadamente violento. A la vez, esta teoría levanta también otros idearios, los que ligados a una supuesta infidelidad de Lumi hacia su esposo, no dejan de ser relevantes. Entre estos, y manteniéndose la inmoralidad antes mencionada, aunque esta vez de la mano del ser infiel, es quizás la traición aquella idea que más destaca como una nueva característica personificada en la joven militante, y que podía generalizarse a toda la izquierda, tanto chilena como extranjera.

Este imaginario se profundiza más aún cuando el semanario *¿Qué Pasa?* ve en la delación la causa del asesinato de Lumi. Ya fuese si había traicionado sentimentalmente a su esposo o delatado a sus compañeros de movimiento, los problemas y deslealtades internas se proyectaban como un elemento central en la izquierda nacional. Finalmente, si entre los «enemigos del régimen» existían rencillas y traiciones internas, mientras las Fuerzas Armadas eran vistas como un bloque unido y confiable, que luchaba por el bien nacional (Munizaga y Ochsenius 46), estaba claro a ojos de la prensa a quienes se debía creer.

De esta forma, fueron varios los conceptos e ideas que se proyectaron sobre los asilados de la embajada italiana y, a su vez, sobre la izquierda chilena. Estos, buscaron construir en torno a ella una imagen demoniaca, señalando a sus militantes como traidores de la Patria y justificando en ello la indiferencia ante la violenta represión, así como también la concentración del poder en manos de la Junta Militar y sus organismos de orden (Stern, *Luchando por mentes y corazones* 97). Así, y enmarcados en la Campaña de Penetración Psicológica que promovían las Fuerzas Armadas, este discurso público “aparece como un recurso unificador, donde medidas legales y cursos de acción política impuestos

por el gobierno militar, son traducidos e insertos en una recreación simbólica de la realidad nacional frente a quienes viven fragmentariamente la cotidianidad” (Stern, *Recordando el Chile de Pinochet* 69). En otras palabras, el uso de adjetivos y la presencia de tópicos negativos al informar sobre la izquierda, alejaba a este grupo del ideal de Chile que esgrimían los militares. Los extirpaba del grupo social, los separaba de los chilenos ‘correctos’ y los volvía un grupo aparte, extraño y dañino, haciendo su persecución una medida necesaria.

Y fue este propósito el que, a su vez, unificó las distintas versiones que se narraron en torno a la muerte de Lumi Videla. Sin importar si eran *El Mercurio* y *La Segunda* con su orgía y excesos, *La Tercera* y su crimen pasional, o la revista *¿Qué Pasa?* y la traición a sus compañeros, las teorías se ven reunidas en un objetivo común. No importaba la historia de lo ocurrido, sino que el montar sobre esto un relato que culpabilizara a la izquierda y fortaleciera el discurso de salvación propuesto por el régimen. La ‘libertad imaginada’ que, proponemos en estas páginas, se entregó a los periodistas aun en un clima de censura informativa que se extendía a los hechos, a la forma de la noticia; el fondo, lo que se buscaba comunicar, estaba claro y no era interpretable: usar la muerte de Lumi Videla, a manos de los organismos de seguridad del Estado, para continuar construyendo una imagen demoniaca de la izquierda nacional.

Teniendo en mente lo anterior, el que las distintas historias construidas alrededor de la muerte de Lumi fueran verosímiles para gran parte de la población chilena no es un detalle que debemos dejar fuera de este análisis. El discurso de salvación esgrimido por la Junta Militar no fue construido de un día al otro. Tampoco lo fue el que los lectores chilenos pensarán en Italia, sus diplomáticos y su Embajada como cómplices de los «enemigos del régimen». Ambos imaginarios fueron parte de una campaña del terror que, comandada por la dictadura y reflejada en la prensa, atacó abierta y explícitamente a la izquierda, sus adherentes y aquellos que le eran solidarios. Fue esta campaña la que, con el pasar de los meses, permeó en la mentalidad nacional y, con ello, pavimentó el camino para que el montaje realizado en torno a la muerte de Lumi Videla fuese creíble a ojos de la ciudadanía.

Así, el siguiente apartado profundizará la campaña de desacreditación hacia el gobierno italiano, sus diplomáticos y su labor humanitaria. Una campaña que encontró razón en la negativa a la normalización de las relaciones diplomáticas por parte del país europeo, y que nos permitirá ejemplificar nuevamente el cómo la prensa, siempre dentro de los marcos discursivos impuestos por el régimen y con un objetivo común, gozó de ciertas libertades a la hora de informar sobre este tema.

5. EMBAJADA SIN MORAL, IZQUIERDA CRIMINAL

Casi tres semanas antes del hallazgo del cadáver de Lumi Videla, el Encargado de Negocios italiano, Tomaso de Vergottini, entraba a La Moneda para reunirse con el Director General de la Cancillería chilena, Carlos Valenzuela. El diplomático italiano, cuentan sus memorias, se encontraba inquieto; nervioso. Durante los últimos días se había intensificado la cruzada mediática que los periódicos llevaban en contra de su embajada, hace ya casi un año. Veía en ella, y en las distintas noticias que le daban forma, un ataque de peligrosas falsedades y, peor aún, sospechaba que la organización de esta podía encontrarse en manos del gobierno:

“[...] estamos cada vez más preocupados por la campaña de prensa diaria en contra de nuestra Embajada. Dan nombres, inventan historias. Es peligroso... [...] me preocupa la orquestación. Todos los diarios hablan de lo mismo.” (de Vergottini 192)

No se equivocaba. Si se analiza desde el presente y a sabiendas, no solo de lo que ocurriría con Lumi poco después, sino que de las múltiples operaciones y montajes que desde el Plan Z en adelante fueron construidos por el régimen y los medios de comunicación, no es extraño postular que la campaña descrita por de Vergottini fuera uno más. Que los ataques mediáticos contra Italia, sus enviados y su embajada fueron planeados por las Fuerzas Armadas, con el fin de presionar una mejora en las relaciones diplomáticas y, en caso de no resultar, preparar el camino a medidas más severas, como el lanzamiento del cuerpo de Lumi.

Lo ocurrido, entonces, sería un trabajo previo. Uno que, quizás incluso sin buscarlo, hizo creíble para la ciudadanía las distintas historias que se construyeron en torno a la muerte de la joven. Se atacó a la residencia italiana, a sus refugiados y a los militantes del MIR que buscaron protección en ella. Se dijo que había excesos y delincuencia, lujos y fiestas. Pero al igual como ocurrió en otros montajes, como la Operación Colombo⁷ ocurrida meses antes, “estos antecedentes nunca fueron confirmados. No existían fuentes, no había firmas. Eran rumores en letras de molde con pretensión de noticia” (Dognac et al. 157). Sin embargo, aun así la prensa logró inundar la mentalidad de los chilenos y

7 Operativo montado por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) chilena en 1975, destinado a encubrir la desaparición de 119 opositores de la Dictadura. Se buscó, a través de la prensa, hacer creer a la opinión pública nacional e internacional que los asesinados habían muerto en enfrentamientos extranjeros y/o purgas internas (Dognac et al. 158-164)

chilenas, y hacer verosímil una historia que desde el hoy puede parecer difícil de creer.

Fue paulatino e intermitente. Los ataques aludidos por de Vergottini fueron el clímax de una campaña mediática que, durante poco menos de un año, había criticado a Italia, su política interna y sus actuares con Chile. Iniciando tan solo semanas después del golpe de Estado, la prensa abordó el problema a través de pequeños reportes, editoriales y cartas al director. Se informaron gestos de protesta y apoyo al régimen realizados por la colonia italiana en Chile, así como la paciencia y comprensión que el régimen tenía con la indecisión de sus gobernantes en torno la bilateralidad de sus relaciones. Se criticó el actuar de la Embajada y la legitimidad de su misión diplomática. Incluso se comentó la política interna del Estado europeo con gran profundidad, mucha más que con la que se abordó la de otros países. Huelgas, protestas y violencia en distintas partes de Italia fueron noticia en las páginas de los periódicos nacionales, teniendo como objetivo el mostrar a la ciudadanía que si el país europeo aun no reconocía a la Junta Militar era, no por un rechazo a su actuar, sino debido a los lazos con el marxismo que dominaban su esfera política.⁸

Sin embargo, esto cambió de manera brusca durante los primeros días de octubre de 1974. El domingo seis de aquel mes, el militante del MIR Humberto Sotomayor se refugió en la residencia diplomática de Miguel Claro. Herido en combate, tras la muerte del principal líder del movimiento, Miguel Henríquez, Sotomayor encabezaba las listas de perseguidos del régimen, al ser uno de los miembros más importantes de la cúpula política del MIR (Barbarani 33). Su presencia, por tanto, aumentó los riesgos de la Embajada y sus refugiados, más aún cuando, tras él, fueron varios los miristas que buscaron asilo en el edificio italiano. En consecuencia, para mediados de octubre la embajada de Italia se encontró en el ojo del huracán, no solo para el gobierno, sino que también para la opinión pública (de Vergottini 165,168).

Así, la prensa aprovechó estos hechos para endurecer sus críticas contra la residencia italiana, alineándose con el régimen chileno que, sabemos, en ese momento más que en cualquier otro buscó el cese del recinto diplomático como lugar de asilo. A la vez, y en parte por lo mismo, es que este acontecimiento y su reflejo en la prensa es quizás el mejor ejemplo para dar cuenta de las ‘libertades imaginadas’ que se entregaron a los medios. Al seguir la noticia en distintos periódicos, es posible observar los diferentes enfoques de información en torno

8 Véase, por ejemplo: «Senado italiano: explosiva sesión» (2); «Violencia y huelgas estremecen a Italia» (19); «Italianos devuelven medallas» (portada)

a ella, así como la articulación en estos de diversos imaginarios negativos que, relacionados a los grupos de izquierda, se proyectaron entonces a la Embajada y, días después, al crimen de Lumi. Hagamos el ejercicio.

El viernes once de octubre de 1974, el vespertino *La Segunda* informó que, en una conferencia de prensa realizada durante la mañana por el Ministro de Relaciones Exteriores, vicealmirante Patricio Carvajal:

“El Canciller dio lectura a la nota enviada ayer por la embajada de Italia a ese Ministerio. El comunicado expresa: «La Embajada de Italia saluda muy atentamente al Ministerio de Relaciones Exteriores, y tiene el honor de informar que se encuentran en la Embajada bajo el amparo de la misma 107 personas, cuya lista se adjunta.»” («107 nuevos “huéspedes” tiene la Embajada Italiana»)

Sin mucho más detalle, el gobierno entregaba, así, una noticia a la prensa. Lo hacía esta vez de manera pública, marcando la pauta noticiosa de los días siguientes. Fue una información entre varias otras; el Canciller Carvajal comentó el estado de los vínculos entre el gobierno y algunas misiones diplomáticas, y en base a ello leyó la nota antes citada. Daba, con aquel gesto, una importancia mayor al estado de las relaciones entre Chile e Italia, desconfiando públicamente del mensaje, y teorizando a partir de este sobre las falsas identidades de aquellos que, ahora refugiados, a sus ojos eran simples extremistas escapando de la justicia: “El Secretario de Estado dijo que [...] no le extrañaba que otros individuos de ese movimiento [el MIR] también estuvieran refugiados en dicha sede. Ello por cuanto, como se comprobó en el caso de Miguel Enríquez, este poseía 14 documentos de identificación.” («107 nuevos “huéspedes” tiene la Embajada Italiana»)

Transcribiendo casi de manera textual los dichos del vicealmirante, *La Segunda* levanta una primera línea de sospecha, la que luego será usada como evidencia frente a las distintas versiones de la muerte de Lumi Videla. Al no existir certeza, ante los ojos militares, de quienes eran los asilados que habitaban la residencia diplomática, no se tenía tampoco seguridad del número de refugiados, o de la situación que existía dentro de la casona. Se teorizó por días sobre cuantos dormían en sus salones, quiénes entraban a diario y, por sobre todo, si las listas enviadas por los diplomáticos eran verídicas o simples engaños. De lo único que el gobierno tenía certeza por esos días, como rezó el vespertino, era que con la entrada de Sotomayor y sus compañeros “el MIR se ha[bía] mudado a la Embajada” («El MIR se ha mudado a la Embajada de Italia: 107 nuevos asilados») y esta, por tanto, estaba ahora dominada por sus comportamientos, vicisitudes y peligros.

Entonces, la noticia siguió su cauce natural. Durante los días posteriores la información fue rescatada por otros medios, y a la interrogante que nacía de la identidad de los asilados se sumaron críticas, rumores y testigos sobre lo que ocurría en aquella manzana de tierra italiana. A la mañana siguiente, dos de los diarios más importantes del país – *La Tercera* y *El Mercurio* – se unieron al periódico ya mencionado al comunicar a sus lectores los dichos del Canciller Carvajal. Ambos endurecieron sus críticas en torno a la Embajada y su papel humanitario, calificándola como un “nido de miristas” a la vez que ponían en duda no solo su legitimidad política, sino que la permanencia de la misión en suelo chileno («Nido mirista en la Embajada de Italia»).

Y es que el quiebre de esto último significaba también el término de la inmunidad diplomática que ostentaba el edificio, y con ello el apresamiento de decenas de militantes de izquierda que se encontraban en él (Calamai 56). Aquello era fundamental, pues la imagen que la opinión pública tenía de quienes habitaban el recinto diplomático estaba lejos de entrar en los cánones de buena conducta y patriotismo profesados por la Junta. Esto, pues a la par con lo antes mencionado, los medios de comunicación comenzaron a indagar en la situación de los refugiados dentro del edificio: quienes lo habitaban, como vivían, que hacían o no en sus grandes jardines y decorados salones. Y es justamente en este ámbito de la noticia, y en sus diferentes enfoques – los que se ejemplificaran a partir de la cobertura de dos periódicos, *La Tercera* y *El Mercurio* –, que es posible reconocer aquellas ‘libertades imaginadas’ que son de interés a estas páginas.

Tras calificar a la residencia diplomática como una “secretaría del MIR”(Oyarzún), el diario *La Tercera* se propuso ahondar en aquellos que se escondían entre sus paredes, cuyos 107 nombres habían sido enlistados por los representantes italianos. Se investigó quienes eran y cuáles eran sus nexos con el “extremismo marxista”, para llegar a concluir, rápidamente, que Italia protegía a grandes personalidades de la izquierda nacional; es decir, de aquellos que buscaban “un baño de sangre para Chile” (Oyarzún). Sin embargo, con ello la prensa dio cuenta también de la presencia de familias enteras: madres, padres, abuelos e incluso niños, que vinculándose con un determinado movimiento o militante, se refugiaban con miedo pero también con la esperanza de acompañarse en el exilio.

Y fue justamente en estos últimos actores, los niños, que el periódico centró sus críticas y aprensiones. Luego de un malentendido alrededor del nombre de uno de los refugiados quien, se pensó, era un ex parlamentario de la Unidad Popular cuando en realidad era un pequeño de poco más de diez años, *La Tercera* atacó a la residencia italiana por permitir que aquellos

que eran “el mayor tesoro de Chile” vivieran en un ambiente *viciado* como lo era la Embajada (Munizaga y Ochsenius 45). Los niños representaban para el régimen –tal como indica Giselle Munizaga en uno de sus estudios– al ser humano en su estado más puro. Poseían una sana alegría, un espíritu solidario y generoso, y un empuje que, bien dirigido a través de la educación y el restablecer los valores morales, los convertía en el más fuerte pilar del régimen. Debían ser protegidos por su familia, especialmente por su madre, rechazando toda concientización marxista o experiencia que, desde el exterior, intentara inculcarle moldes del pasado (Munizaga y Ochsenius 95,96).

Sin embargo, ello era imposible dentro de un edificio en el que solo habitaban «enemigos del régimen». Con las “connotadas personalidades del extremismo marxista” que circulaban dentro de este, entraban y salían los valores, pensares y actuares que el régimen y sus adeptos más temían de la izquierda (Oyarzun). Los niños que habitaban la Embajada, se dijo entonces, estaban en peligro: sin otra educación moral e intelectual que la que les entregaban sus padres u otros militantes, e influenciados además por un país como Italia, que miraba con desconfianza la labor de las Fuerzas Armadas, estaban destinados a una infancia, y una vida, en brazos de la “tiranía marxista”. Así, el que “hasta un niño de 13 tienen en la Embajada de Italia” –como se tituló una de las varias noticias publicadas– resultaba un golpe contra la infancia, y no podía ser permitido («Hasta niño de 13 tienen en la Embajada de Italia»).

Pero de la misma manera, tampoco podía permitirse esta falta a la concepción de familia que buscó imponer la dictadura, y cuya culpa se encontraba en las mujeres, madres de estos niños, pues era su tarea primordial cuidarlos y educarlos de acuerdo con el orden instaurado por el régimen. Esto, se concluye con aún más fuerza al revisar el manual de la *Campaña de Penetración Psicológica Masiva*, documento editado por la Secretaría General de Gobierno en marzo de 1974 en el que se explicitan las distintas ideas y relaciones conceptuales que se buscó transmitir a través de la prensa durante los primeros años del régimen (Donoso 55) (Dougnaç et al. 66). En él, observamos que las ideas de niño, madre y familia resultan una triada imposible de separar en análisis discursivos como este. Cuando el mensaje consciente atañe a uno –y lo muestran de forma textual los calendarios tentativos de esta campaña– el objetivo inconsciente los relaciona entre sí (Secretaría General de Gobierno 3062).

Los niños, entonces, se presentan en este caso como la puerta de entrada a una crítica mayor; a un ataque no solo al cuidado de la familia, sino que a la forma de relacionarse que tenía la izquierda. Sus lealtades y vínculos, los que sin importar amistosos, paternos o amorosos, se mostraban no confiables a

ojos de los medios y, con ello, de la opinión pública. Finalmente, si una madre no era responsable ni honesta con su propio hijo, poniendo su ideología por sobre el vínculo filial que, para el régimen y su discurso, la hacía formadora de conciencia valórica y patria, así como base del núcleo fundamental de la sociedad que es la familia – como retrató años después, en 1980, el primer artículo de la Constitución– ¿Qué se podía esperar de las relaciones entre militantes, con sus familias, parejas y connacionales?

Sin embargo, y como hemos intentado demostrar a lo largo de estas páginas, la prensa de los primeros años de dictadura contó, a partir de un hecho, más de una historia. Mientras *La Tercera* abordaba la situación en la Embajada a partir de quienes estaban en ella, *El Mercurio* lo hizo preguntándose qué sucedía en su día a día. Para ello entrevistó vecinos –los que, nuevamente, declaraban de forma anónima–, describió con detalle las instalaciones e, incluso, accedió a fotografías del lugar y sus asilados, las que sacadas de contexto eran prueba de lo que el diario informaba: una mansión de proporciones, con grandes jardines y piscina, en la que los huéspedes gozaban de libertad incondicional, organizaban grandes fiestas y vivían entre lujos y opulencias. Es decir, a ojos de la opinión pública, los refugiados italianos gozaban de la *dolce vita*⁹ (Barbarani 103).

La inmoralidad, la violencia y los excesos, entonces, cruzaron las páginas de *El Mercurio*, a partir de noticias que, hoy sabemos no siempre verdaderas, representaban evidencia a ojos de muchos de sus lectores. En este sentido, quizás el ejemplo que mejor grafica lo antes mencionado es la portada del matutino el 13 de octubre de 1974. Titulado, en grandes letras rojas, “Embajada convertida en balneario”, en sus páginas relató una vida llena de violencia, ocio y descanso:

“[...]Se quejan [los vecinos] de la agresividad que estos [los asilados] exhiben hacia el exterior y comentan asombrados la ‘vida de total y alegre esparcimiento que estos llevan en el interior del recinto.’ [...] ‘Una vida de veraneantes, hay en el interior de la Embajada de Italia, con los asilados de esa representación diplomática’ dijo a *El Mercurio* uno de los vecinos del sector. [...] Algunos permanecían en

9 Acuñaado a partir de la película del mismo nombre, dirigida por el italiano Federico Fellini en 1960, la expresión *dolce vita* se traduce, textualmente, como vida dulce. Este, evoca un estilo de vida despreocupado y dedicado a los placeres mundanos, designando incluso un periodo histórico de la Italia republicana, que entre finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta, se caracterizó por los lujos y la desenfrenada vida de artistas, celebridades y otros personajes de la alta sociedad romana.

trajes de baño, gozando de las delicias ofrecidas por la lujosa piscina del lugar. Otros jugaban un partido de voleibol [...]” («Embajada convertida en balneario» 37)

Gracias a las memorias de los diplomáticos Tomaso de Vergottini, Emilio Barbarani y Enrico Calamai, así como a informes de corresponsales de prensa y testimonios que algunos refugiados entregaron luego en el extranjero, es posible asegurar que noticias como esta no tenían sustento. Eran mentiras, montajes periodísticos que distaban bastante de la realidad dentro del edificio diplomático. En palabras de de Vergottini: “La piscina está seca, inactiva desde el golpe de Estado. Es cualquier cosa menos un balneario. No me queda claro el que los huéspedes lancen piedras a los vecinos, sería un suicidio.” (de Vergottini 180).

Así, y al existir claridad de la invención de noticia antes citada, se pueden reconocer en ella de manera evidente algunas características que se buscaba relacionar con los asilados. Se les tildó de violentos, agresivos con quienes pasaban por el exterior del edificio. Con ello, se intentó evidenciar la violencia de la izquierda con aquellos que pensaban distinto; quienes no habían tenido que refugiarse frente a las amenazas del régimen. Al mismo tiempo, y caracterizando la estancia de los asilados como una *vida de veraneantes*, se dio cabida a la reafirmación, por parte de la opinión pública, de la imagen de una izquierda ‘floja’, que abandonaba sus deberes en pos del placer y el ocio. Estas características, ligadas también al recuerdo que la misma Junta buscaba imponer sobre el gobierno de la Unidad Popular (Munizaga y Ochsenius 48), eran creídas y condenadas por parte de la sociedad chilena, e hicieron verosímiles las historias alrededor de la muerte de Lumi.

Entonces, con una Embajada deslegitimada a ojos de la opinión pública por *La Segunda*, en la que se dijo que habitaban militantes despreocupados de sus lazos amistosos y familiares, mientras gozaban entre excesos y lujos, no es extraño que días después sea la misma prensa la que denomine a la residencia como un “refugio dudoso” (Boizard). Tampoco que se le siga atacando desde otros flancos, como el decir que en ella encuentran refugio también delincuentes comunes (Boizard), o que sus diplomáticos estaban “al servicio del marxismo” y “movilizados para el reclutamiento de asilados” (di Castri). Mucho menos que, tan solo días después, aquella Embajada haya sido víctima de uno de los montajes policiales y periodísticos más crudos del Chile de los años setenta.

6. REFLEXIONES FINALES: REPENSANDO LA CENSURA INFORMATIVA EN DICTADURA

El lunes 2 de octubre del 2006, el diario *La Nación* informaba al país la formulación de cargos contra los verdaderos asesinos de Lumi Videla Moya («Formulan cargos contra cúpula de la DINA por el crimen de Lumi Videla»). Más de treinta años después de los hechos antes estudiados, la versión que ahora se comunicaba a través de la prensa era solo una: la joven había muerto a manos de las Fuerzas Armadas, y su cuerpo había sido arrojado a la Embajada como una amenaza a sus diplomáticos, sus refugiados y su labor humanitaria. Los restos de Lumi habían sido parte de un montaje que, como tantos otros, buscaba atemorizar a la izquierda e inculcar a la población una determinada visión de lo que ocurría en Chile. Y la prensa, en esa línea, sirvió como altavoz a estas declaraciones.

En este sentido, el analizar un caso como el asesinato de Lumi Videla nos ayuda a entender aquellos montajes periodísticos que, poco estudiados, fueron parte del día a día informativo en el Chile de Dictadura. El cómo, por ejemplo, estos encontraban sustento en un imaginario negativo de la izquierda y lo relacionado con ella, el que construido a partir de una campaña psicológica masiva, los hacía verosímiles a parte importante de la opinión pública. Las distintas historias que se levantaron en torno al hallazgo de un cadáver en la embajada de Italia no hubiesen sido del todo creíbles sin aquellas noticias que, meses antes, inundaron los quioscos con los vicios y excesos de Italia, sus enviados y refugiados. Tampoco lo hubiesen sido estos sin aquel trauma que, paulatinamente desde septiembre de 1973, vivía y revivía en la población chilena. Aquel que respondía a un “programa planeado como una totalidad” para “grabar en las mentes ciudadanas la verdadera realidad de aquella ideología: el comunismo” y destruir, con ello, “su falacia de presentarse como solución a los problemas vitales y existenciales del hombre”(Secretaría General de Gobierno 3071).

Sin embargo, el estudio de los usos de la prensa en torno a la muerte de Lumi permite también, quizás de manera inicial, llegar a una segunda conclusión. Y es que es casi imposible no preguntarnos el cómo existieron tres versiones de una misma historia; como hubo, en una prensa censurada, tantas voces para un solo crimen. La respuesta puede parecer evidente, pero debemos ser cuidadosos con ella. No basta con decir que, al parecer, la censura en los primeros años de la Dictadura chilena no fue siempre rígida; que existieron libertades en el ámbito de las comunicaciones. Esto, no solo sería caer en un grave error, sino que también en una injusticia con todos aquellos periodistas que, muchas veces sintiendo el frío del cañón en su sien, debieron escribir al pie de la letra aquello que el régimen buscaba comunicar.

Existieron libertades, quizás. Pero siempre las fueron imaginadas. A pesar de existir diversas versiones sobre una misma noticia, estas siempre tuvieron un marco y objetivo común: el activar en el lector una imagen angustiada, trágica y aterradora de la izquierda, relacionándola con ideas negativas y actuare escandalosos. Ocurrió con la muerte de Lumi y las distintas causas que se teorizaron sobre ella, pero también con la embajada italiana y los diversos rumores y mentiras que sobre ella fueron publicadas como verdades. Queda claro que en ellas hubo una “investigación”, aunque esta debe escribirse entre comillas, por supuesto. Hubo fotografías sacadas por reporteros, entrevistas a familiares y vecinos, e incluso notas y editoriales firmadas por personajes respetados en la escena mediática.¹⁰ Hoy sabemos, sin embargo, que al menos por los primeros años de la Dictadura, nada de ello era cierto y que –según cree el Premio Nacional de Periodismo 2005, Juan Pablo Cárdenas– “al menos en el caso de los montajes, los periodistas se contaban entre los engañados” (Dougnaç et al. 52).

Así, más que ser una conclusión, estas últimas líneas resultan un comienzo. Uno que proyecta un largo y rico camino que recorrer. Y es que con muchos informes y documentos aún en secreto, entre los que se cuentan los pertenecientes a oficinas tan importantes para la guerra psicológica y el uso político de los medios como fueron la Secretaría General de Gobierno o la Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS)¹¹, la historia de la prensa en Dictadura aún tiene mucho por descubrir y enseñarnos. Entre el polvo de los documentos aún

-
- 10 A pesar de que en su mayoría las piezas redactadas en los diarios alrededor del crimen de Lumi Videla no explicitan a su autor, si nos es posible identificar a algunos columnistas que, por largo tiempo y sobre todo luego de aquel asesinato en la Embajada, atacaron a la misión italiana, a su gobierno y a los huéspedes que este protegía. Entre ellos, destacan la periodista y exdiplomática María Eugenia Oyarzún (1936) y su colega, el político demócratacristiano Ricardo Boizard (1903-1983). La primera, trabajó en el diario *La Tercera* por más de 45 años, así como también alcaldesa de *facto* de la comuna de Santiago, diplomática del régimen dictatorial e íntima amiga de Augusto Pinochet. Por su parte, Boizard fue un férreo colaborador del diario *La Segunda* y proclive al régimen de la Junta Militar, al punto de corroborar, junto a otros periodistas, la ‘veracidad’ del Plan Z durante los últimos meses de 1973; una de las mayores falsedades mediáticas de la Dictadura.
- 11 Establecida oficialmente durante los últimos días de diciembre de 1976, pero activa desde 1974, la Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS) fue el organismo encargado de visar, censurar o autorizar los distintos contenidos que los medios de comunicación buscaron transmitir al país. Parte del Ministerio Secretaría General de Gobierno, la reconstrucción de sus labores es compleja, pues muchas de ellas se mantuvieron de carácter reservado hasta hoy (Chadwick et al. 14,16). Entre aquellas que fueron públicas, sin embargo, encontramos la construcción de instrucciones generales para la difusión de propaganda del régimen, la orientación del Estado en el ámbito internacional –lo que hacía en conjunto con el Ministerio de Relaciones Exteriores–, y proporcionar a los medios las noticias de carácter oficial, entre varios otros (Dougnaç et al. 66).

se esconden nuevos actores, instituciones y mecanismos, así como las respuestas a decenas de preguntas que, probablemente, nos harán repensar una y otra vez el papel de los medios de comunicación en el régimen chileno. Sin embargo, creemos –y esperamos– que esta pequeña mirada sobre la censura en la prensa escrita, y sus ‘libertades imaginadas’ sean un primer paso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barbarani, Emilio. *Chi ha ucciso Lumi Videla? Il Golpe di Pinochet, la diplomazia italiana e i retroscena di un delitto*. Mursia, 2012.
- Boizard, Ricardo. «La Embajada de Italia, refugio dudoso». *La Segunda*, 16 de octubre de 1974.
- Briggs, Asa, y Peter Burke. *De Gutenberg a Internet: Una Historia Social De Los Medios De Comunicación*. Taurus, 2002.
- Calamai, Enrico. *Niente asilo politico. Diplomazia, diritti umani e desaparecidos*. Feltrinelli, 2006.
- Chadwick, Luz María, et al. *Dinacos: la historia no contada*. Universidad Diego Portales, 1999.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Informe Rettig*. La Nación/Eds. del Ornitorrinco, 1991.
- De Martini, María Isabel. *La Prensa En El Caso Letelier: Análisis De Contenido De El Mercurio y La Tercera septiembre 1976 - marzo 1978*. Escuela de Periodismo, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- de Vergottini, Tomaso. *Miguel Claro 1359. Recuerdos de un diplomático italiano en Chile (1973-1975)*. Atena, 1991.
- Donoso, Karen. *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973 – 1989*. Universidad Alberto Hurtado, 2019.
- Dorat Guerra, Carlos, y Mauricio Weibel Barahona. *Asociación Ilícita. Los archivos secretos de la dictadura*. Ceibo Editores, 2012.
- Dougnac, Paulette, et al. *El diario de Agustín. Cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973-1990)*. Editado por Claudia Lagos, LOM ediciones, 2009.
- Fernandois, Joaquín. *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial (1900-2004)*. Universidad Católica, 2005.
- Ferraris, Luigi Vittorio. *Manuale della politica estera italiana (1947-1993)*. Laterza, 1998.

- Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder*. Siglo XXI, 1981.
- Linz, Juan José. *Regímenes totalitarios y autoritarios*. Centro de Estudios Constitucionales, 2010.
- Milesi, Orlando, editor. *Corresponsales bajo Dictadura (Chile, 1973-1990)*. Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Monsálvez, Danny. «Extremistas, enemigos, antipatriotas e indeseables: la legitimidad del golpe de Estado de 1973 en la prensa escrita de Concepción.» *Revista de Historia y Geografía*, no. 30, 2014, pp. 167-98.
- Munizaga, Giselle. «Políticas de comunicación bajo regímenes autoritarios: el caso Chile.» *El discurso público de Pinochet (1973-1976) Un análisis semiológico*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1983, pp. 7-34.
- Munizaga, Giselle, y Carlos Ochsenius. «El discurso público de Pinochet (1973-1976)». *El discurso público de Pinochet (1973-1976) Un análisis semiológico*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1983, pp. 35-103.
- Murialdi, Paolo. *Storia del giornalismo italiano. Dalle gazette a Internet*. Il Mulino, 2001.
- Napolitano, Giorgio. «Italia y el golpe de Estado en Chile». *Chile-Italia. Una larga historia de intercambios.*, editado por Maria Rosaria Stabili, Embajada de Italia en Chile, 2018, pp. 115-20.
- Nocera, Raffaele. *Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno: 1962-1973*. Fondo de Cultura Económica, 2015.
- . «Le ripercussioni del golpe sulle relazioni italo-cilene.» *Settantatrè. Cile e Italia, destini incrociati.*, editado por Raffaele Nocera y Claudio Rolle, Think Thanks, 2010.
- Oyarzún, María Eugenia. «Italia y Chile deben definir sus relaciones». *La Tercera*, 13 de octubre de 1974.
- Rivera, Carla. «La verdad está en los hechos: una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en Dictadura». *Historia*, vol. 1, n.o 41, junio de 2008, pp. 79-98. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942008000100004>
- . «Prensa y política. El poder de la construcción de la realidad.» *Historia política de Chile, 1810-2010*, editado por Juan Luis Ossa, vol. Tomo I: Prácticas políticas, Fondo de Cultura Económica, 2017, pp. 211-41.
- Ruiz, Carlos. *Transformaciones En El Discurso De La Prensa: Un Estudio De Caso: La Revista Que Pasa: 1971-1982*. CENECA, 1983.

- Salinas, Claudio, y Hans Stange. *Rutinas periodísticas. Discusión y trayectos teóricos sobre el concepto y su estudio en la prensa chilena*. Centro de Estudios de la Comunicación. Instituto de la Comunicación e Imágen, Universidad de Chile, 2009.
- Sallusti Palma, Leone. «Al otro lado del muro. El asesinato de Lumi Videla y las relaciones ítalo-chilenas durante la dictadura militar de Augusto Pinochet.» *Seminario Simon Collier 2019*, 2019, pp. 175-206.
- Schlesinger, Philip. «Repensando la sociología del periodismo: estrategias de las fuentes y límites del centralismo en los medios.» *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. IV, n.o 14, primavera de 1992, pp. 279-307.
- Stabili, Maria Rosaria. «Italia mirando a Chile a través de los ojos de sus diplomáticos en Santiago.» *Chile-Italia. Una larga historia de intercambios.*, editado por Maria Rosaria Stabili, Embajada de Italia en Chile, 2018, pp. 13-34.
- Stern, Steve J. *Luchando por mentes y corazones: las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Universidad Diego Portales, 2013.
- . *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres 1998*. Universidad Diego Portales, 2009.
- Sunkel, Guillermo. *El Mercurio: 10 Años De Educación Político-ideológica: 1969-1979*. ILET, 1983.
- Tuchman, Bárbara W. *Cómo se escribe la historia: las claves para entender la historia y otros ensayos*. Gredos, 2009.

Recursos Electrónicos

BCN. «El Congreso Nacional y sus edificios». *El Congreso Nacional y sus edificios*, https://www.bcn.cl/historiapolitica/congreso_nacional/historia/index.html?periodo=1973-1990.

Recursos Audiovisuales

Documental sobre el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Dirigido por Tomasso D'Elia, Daniela Preziosi y Ugo Adilardi, Arcoiris TV, 2006.

Santiago, Italia. Dirigido por Nanni Moretti, Rai Italia, 2018.

Fuentes

- «107 nuevos “huéspedes” tiene la Embajada Italiana». *La Segunda*, 11 de octubre de 1974.
- «Alrededor del MIR. Arsenales y estrangulamientos». *¿Qué Pasa?*, vol. 185, noviembre de 1974.
- Boizard, Ricardo. «La Embajada de Italia, refugio dudoso». *La Segunda*, 16 de octubre de 1974.
- «Celos o delación ¿cuál de los asilados dio muerte a la mujer?» *La Segunda*, 6 de noviembre de 1974.
- «Crimen en una embajada». *La Tercera*, 5 de noviembre de 1974.
- di Castri, Luigi. «Italianos residentes respaldan a Chile». *La Tercera*, 18 de octubre de 1974.
- «El MIR se ha mudado a la Embajada de Italia: 107 nuevos asilados». *La Segunda*, 12 de octubre de 1974.
- «Embajada convertida en balneario». *El Mercurio*, 13 de octubre de 1974.
- «Estrangularon a una hermosa mujer en los jardines de la Embajada italiana». *La Tercera*, 5 de noviembre de 1974.
- «Hasta niño de 13 tienen en la Embajada de Italia». *La Tercera*, 14 de octubre de 1974.
- «Italianos desmienten versión de que el cuerpo fue lanzado desde el exterior. En dos niveles pesquisan el crimen de la Embajada Italiana». *La Tercera*, 7 de noviembre de 1974.
- «Italianos devuelven medallas». *La Segunda*, 12 de octubre de 1974.
- «Nido mirista en la Embajada de Italia». *La Tercera*, 12 de octubre de 1974.
- Oyarzun, María Eugenia. «Italia y Chile deben definir sus relaciones». *La Tercera*, 13 de octubre de 1974.
- «Se retractó la Embajada Italiana sobre el caso de la estrangulada». *La Segunda*, 6 de noviembre de 1974.
- Secretaría General de Gobierno. *Campaña de Penetración Psicológica Masiva*. 19 de noviembre de 1973. Archivo Histórico del Arzobispado de Santiago.
- «Senado italiano: explosiva sesión». *La Segunda*, 22 de octubre de 1973.
- «Sepultada mirista hallada en la Embajada Italiana». *El Mercurio*, 5 de noviembre de 1974.
- «Violencia y huelgas estremecen a Italia». *La Tercera*, 30 de mayo de 1974.